

DOMINGO QUINTO DE CUARESMA

1ª lectura (Ezequiel 37, 14-14): *Os infundiré mi espíritu.*

Salmo (129, 1-2.3-4ab.4c-6.7-8): *«Del Señor viene la misericordia»*

2ª lectura (Romanos 8, 8-11): *El Espíritu de Dios habita en vosotros.*

Evangelio (Juan 11, 1-45): *Yo soy la resurrección y la vida.*

El respeto a la vida humana aparece como un presupuesto fundamental y primario en la conciencia de la humanidad. Todas las culturas han prohibido “asesinar” a la persona humana: «El derecho a vivir es el fundamento de todos los demás derechos». Defender, proteger y cuidar la vida, con sus logros y fracasos, constituye el gran desafío e interpelación para todos.

En la actualidad, nos movemos en una gran ambigüedad y confusión, vivimos unos momentos muy difíciles pues, junto a las solemnes proclamaciones en favor de la vida, se extienden de manera difusa e inconsciente, actitudes, estados de opinión, conductas y condicionamientos sociales, que reflejan una mentalidad contraria a la vida. En nuestra sociedad coexisten y conviven dos movimientos irreconciliables entre sí generados por los ídolos de nuestro mundo.

Uno es la “idolatría del poder y del tener”, encarnados en un sistema tecno-económico que está configurando un modelo de persona que se puede definir como “un ser humano económico, mercantilista y técnico”, caracterizado por un marcado interés por las cosas y por las máquinas, en detrimento de la vida. Para el hombre económico y mercantilista todo se transforma en artículo de comercio, no solo las cosas, sino también las personas. Todo se compra, incluso, a presidentes, ministros, dirigentes sindicales y religiosos, etc.

Otro es el “amante de la vida” encarnado por Jesús de Nazaret y que lo han de encarnar sus seguidores. No solo los creyentes, también hay muchos no creyentes que lo encarnan. Este movimiento en oposición al primero, es silencioso, pero eficaz, y coexiste en cada ser humano; quizá oprimido, pero no aniquilado; signo, la reacción de la gente sencilla, motivada por los gestos de nuestro papa Francisco; gestos de vida y a favor de la vida.

La gente vive ajena a la sensibilidad del Evangelio. “Aquí, la mayoría vive muy bien, pero tiene un problema”, me decía un amigo, “y es que, un día, tienen que morir y dejarlo todo. ¡Si no fuera por eso...!”. Al gran problema de la muerte la palabra de Dios nos da una respuesta esperanzadora, en concreto, este relato de Juan, presentando a Jesús como fuente de vida, venciendo a la muerte.

El enfermo Lázaro representa a todos los enfermos. Enfermedad, que se nos presenta como la terrible amenaza física, de la cual no está exento nadie ni, incluso, el creyente. Jesús se nos muestra como el gran amante de la vida y como dador de vida, para eso fue enviado: dar vida y darla en abundancia.

Jesús, lleno del Espíritu, recorría los pueblos de Galilea, curando enfermos, expulsando demonios y liberando a la gente de toda clase de atadura. Jesús con su forma de actuar y con su anuncio nos revela no al Dios de los justos, sino al Dios de los que sufren. Lo que más preocupa a Dios es el sufrimiento de los más desgraciados. El Dios que nos revela Jesús es el Dios que nos sana. Lo que más necesita nuestro mundo, no es que se le acuse, ni condene, sino lo que más necesita es que se le sane.

Los evangelios nos lo afirman de manera unánime: **«Recorría toda Galilea... proclamando la Buena Noticia del Reino de Dios y curando toda enfermedad y dolencia»**. En el episodio de la resurrección de Lázaro Jesús se nos presenta como el poderoso curador, capaz de sacar vida de la misma muerte. Pero no se nos presenta como el Señor majestuoso e impasible, sino como el que participa de la aflicción de las hermanas: **«Jesús, viendo llorar a ella y viendo llorar a los judíos que le acompañaban, muy conmovido, lloró»**.

Aquí nos muestra el evangelista la profunda compasión de Jesús que le hace partícipe de la aflicción de los demás y desde dentro nos libera del sufrimiento y de la muerte. La capacidad de dar vida y de contribuir a la liberación del sufrimiento del pueblo está muy condicionada por la capacidad de participar en la aflicción.

Jesús no aporta solo una mejoría física. La sanación del organismo queda englobada dentro de una sanación más integral. Jesús reconstruye al enfermo desde su raíz: lo arranca del aislamiento y la desesperanza, lo libera del pecado, lo devuelve al seno del pueblo y lo abre a un futuro mucho más saludable. Las fuentes cristianas no nos presentan a Jesús en busca de pecadores, sino acercándose a los enfermos y endemoniados para liberarlos de su sufrimiento.

No es que no le preocupe el pecado, sino que, para Jesús, el pecado más grave y que mayor resistencia ofrece al Reino de Dios consiste precisamente en causar sufrimiento o tolerarlo con indiferencia. Los evangelios resumen la actuación de Jesús en dos tareas: anunciar la Buena Nueva y curar enfermedades y dolencias del pueblo. San Juan lo sintetiza en “una”: dar vida y en abundancia: **«Yo soy la resurrección y la vida»**. **¿Creemos esto?**